

## Los adolescentes en situación de exclusión social: conflictos entre la norma y el deseo\*

José Antonio Younis  
*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*

*En este trabajo se analizan los discursos de un grupo de adolescentes en situación de exclusión social. Los discursos analizados se extrajeron mediante un diseño cualitativo en el que se utilizó la técnica del grupo de discusión. Mediante el análisis discursivo se perseguía descubrir qué categorías de identidad utilizan los adolescentes para definirse frente a la sociedad adulta. Los resultados muestran que la dicotomía discursiva principal que se establece proviene de la contraposición entre norma y deseo. La aportación y el valor del estudio es abordar a los adolescentes en la dimensión clave de la identidad, en la que, como individuos en transición, destacan. Y, por otra parte, la dimensión grupal, pues reclama mayor atención a las diferencias en la constitución de estas identidades a partir de considerar las pertenencias grupales y las condiciones sociales en las que dichos adolescentes se desenvuelven, sin que conformen tipologías abstractas y ahistóricas.*

*Palabras clave: análisis de discurso, adolescentes, grupo de discusión, identidad, valores.*

*This study analyses the discourse of a group of adolescents in a situation of social exclusion. The speech analysed was extracted by means of a qualitative design using the discussion group technique. Discourse analysis highlighted the identity categories the adolescents use to define themselves vis-à-vis adult society. The results show that the main discourse dichotomy that emerges comes from the opposition between norm and desire. The study's main contribution is its discussion of the key dimension of identity, of vital importance in a population undergoing transition. The*

\* Esta investigación fue financiada por la Consejería de Empleo y Asuntos Sociales del Gobierno de Canarias. Dirección General de Juventud del Gobierno de Canarias.

Correspondencia: Área de Psicología Social. Departamento de Psicología y Sociología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Calle Santa Juana de Arco, 1. 35004 Las Palmas de Gran Canaria. E-mail: younis@cicei.ulpgc.es y yanano@idecnet.com

*study also addresses group identity, calling for greater attention to the differences in the constitution of these identities via a consideration of group membership and the social conditions in which these adolescents evolve, though they do not constitute abstract or ahistorical typologies.*

*Keywords: discourse analysis, adolescents, discussion group, identity, values.*

La reflexión que aquí presentamos pretende centrarse en los discursos, en las estructuras simbólicas de significado que, a través de los procesos de comunicación y las prácticas sociales de la población adolescente, definen a los adolescentes marginalizados y socialmente excluidos en sus identidades y valores. Para enmarcarla conceptualmente vamos a considerar algunos conceptos básicos para dicha reflexión.

### **Identidad, roles y contrarroles**

El concepto de «rol o papel social» proviene de la psicología social y significa, en lenguaje llano, la conducta que se espera de la gente dada su posición en la sociedad, en algún grupo u organización. Por lo general, un rol es entendido como una pauta habitual de conducta asociable siempre a una situación o dominio social particular. Un rol social puede ser considerado un vínculo entre la estructura de personalidad de un individuo y la estructura social. Una de las contribuciones principales de los roles es ayudar a las personas a encontrar su *identidad*. Cuando representamos un papel, necesitamos que los otros respondan a él de la manera correcta, es decir, en la forma en que queremos que nuestros roles sean percibidos. Un afamado psicólogo social, George Herbert Mead, empleó la expresión «otros significativos» para designar a aquellas personas que nos responden y nos ayudan a confirmar nuestras identidades. Peter L. Berger y Brigitte Berger afirman en su *Sociología: Un enfoque biográfico* (1972, p. 62):

La parte social del yo es denominada habitualmente *identidad*. Toda sociedad contiene un repertorio de identidades: niño, niña, padre, madre, policía, maestro, ladrón, arzobispo, general, etc. A través de una especie de lotería invisible, dichas identidades se asignan a los diferentes individuos. Algunas son asignadas desde el mismo momento del nacimiento, como niño o niña. Otras son asignadas con el paso de los años, como niño listo o niña bonita (o, por el contrario, niño estúpido o niña fea). Otras identidades incitan, por así decirlo, a la suscripción y los individuos las obtienen a través de un esfuerzo deliberado, como policía o arzobispo. Sin embargo, independientemente de si una identidad es asignada o conseguida, en todos los casos llega al individuo a través de un proceso de interacción con los demás. Son los otros quienes le identifican de una manera específica. Únicamente si los otros confirman una identidad se puede decir que ésta se corresponde con el individuo que la posee.

Por consiguiente, los roles contribuyen a conferir la identidad cuando quedan ratificados por los otros significativos. Así, los adultos, la sociedad adulta, son importantes para la definición de la identidad de los adolescentes porque profesores y padres, por ejemplo, son «significativos» para la construcción de dicha identidad. Estos «otros significativos» no sólo dirán *joven* o *adolescentes*, sino *adolescentes violentos*, *adolescentes solidarios*, etc. En resumen: padres, profesores, medios de comunicación, policías y jueces, entre otros, constituyen contrarroles significativos en la definición de los adolescentes en sus identidades (personas y personajes representados). Toda esta sociedad adulta, constituyentes y constitutivos de la identidad adolescente (aunque no pasivamente), ofrece «personajes de sentido» para la tarea particular de construcción de las identidades personales de los adolescentes.

Los y las adolescentes son traspasados por sus «personajes», bien para la negación y la relación agonística o bien para la afirmación y la relación proximal; pero, siempre, a la postre, formando parte del *metabolismo* general de la construcción psicosocial de la identidad personal y de grupo (identidad social). Puesto que los roles sociales que interiorizan los adolescentes son en parte reflejo de sus contrarroles y de instituciones mediadoras que funcionan como «modelos» de conducta y fuentes de significación para construir sus propias identidades, el análisis de la autopercepción de sus propias identidades en el interior de sus discursos nos puede ayudar a averiguar cómo se ven a sí mismos y a sí mismos en relación con sus contrarroles. Para ser más precisos, nos ayudaría también a ver cómo se les dice a los adolescentes que son vistos, influyendo así en cómo los adolescentes se ven a sí mismos y en cómo quieren ser vistos, además de revelarnos, indirectamente, cómo se ven entre sí estos adolescentes excluidos y sus contrarroles adultos.

## El concepto de dominio social y discursivo

Los dominios sociales son múltiples y variados, por eso es necesario recurrir a unos pocos conceptos que nos describan económicamente las posibles y distintas clases de dominios que puedan aparecer referenciados en los discursos de los adolescentes. Para esta tarea nos será de máxima utilidad el modelo de Almagro de Martín Santos (véase Martín Rojo, 1988). Un dominio es un espacio existencial, convivencial, de socialización y experiencias; es un espacio vital donde se intercambian significados (comunicación de conocimientos y sentimientos) y prácticas sociales determinadas. Desde esta definición, es posible hablar de dominios sociales tales como: las relaciones entre iguales o entre distintos las relaciones educativas y sus prácticas, las relaciones familiares, relaciones y actividades en el mundo del trabajo, etc. Todos estos ejemplos de posibles dominios son reducidos a tres en el modelo de Almagro de Martín Santos. En el modelo de Almagro (Martín Rojo, 1994) se habla de la coexistencia de tres dominios:

• **Dominio del hogar.** Es un lugar privado, íntimo, de la socialización en «familia», con el grupo de pertenencia/referencia que es objeto de identificacio-

nes básicas. Es un espacio (simbólico y geométrico a la vez) que se distribuye como una vivienda, pero no con una estructura de vivienda unifamiliar, sino más bien con una estructura de vida gremial: un colectivo «familiar» que desarrolla y comparte parecidas actividades prácticas y significados, y que se diferencia de otros. Los grupos sociales, las clases sociales, se producen y reproducen en sus respectivos dominios (hogar), por lo que comparten diferentes *habitus con otros grupos con diferentes dominios de hogar*. Si el dominio del hogar es el espacio existencial, convivencial, de socialización y experiencias básicas con el grupo de pertenencia; si es un espacio vital donde se intercambian significados (comunicación de conocimientos y sentimientos) y prácticas sociales determinadas, entonces necesitamos introducir también el concepto de *habitus*.

El *habitus*, noción acuñada por Pierre Bourdieu (1997), designa un conjunto de disposiciones adquiridas, de esquemas de percepción, apreciación y de prácticas adquiridas en el dominio del hogar de cada grupo. Son esquemas de acción de lo que se debe hacer en una situación concreta; trata de sistemas adquiridos de preferencias que articulan para el sujeto su realidad, al mismo tiempo que es estructurante de esas percepciones y preferencias con las que estructura su mundo.

El *habitus* es interiorización de representaciones sociales compartidas socialmente por todos los que habitan un mismo dominio social. La función práctica del *habitus* es que todos los sujetos se relacionan con el mundo a partir del *habitus* que han adquirido, progresivamente, mediante sus propias prácticas en sus respectivos dominios de hogar: el *habitus* media entre nosotros y el conocimiento y/o acción sobre la realidad. Por otro lado, el *habitus* se produce en los dominios de validez de existencia de los sujetos. Los dominios sociales y discursivos (dominio del hogar) de los adolescentes excluidos, por ejemplo, son distintos y diferenciados a los dominios de otros adolescentes en otras posiciones o pertenecientes a otros dominios de hogar, por lo que sus *habitus* han de ser necesariamente distintos. Los discursos analizados en los distintos grupos de discusión son consecuencia de los *habitus* de los sujetos y de los dominios de hogar donde se han ido produciendo y configurando dichos *habitus*.

En los discursos encontramos las huellas de *habitus* y dominios sociales donde esos *habitus* se han ido construyendo en la práctica. Al igual que la palabra «pino» se diferencia de la palabra «vino» en una sola letra (la «p» y la «v») para producir diferentes significados, las diferencias de *habitus* dependen del lugar funcional que ocupen los individuos en la estructura de la sociedad, o, lo que es lo mismo, de los dominios de hogar donde se han socializado y constituido a través de actividades, roles, prácticas sociales y relaciones interpersonales.

Si bien los sujetos «habitan» en el *dintorno* de un «hogar», y es dentro de dicho *dintorno* donde se construyen sus subjetividades, donde subjetivan la realidad práctica y practican su subjetividad, no podemos olvidar el *contorno* exterior. Si el contorno habla de los alrededores, el *dintorno* habla de lo de dentro, por lo que no hay *dintorno* sin *contorno*. De esta forma, el *habitus* conformado en el *dintorno* del dominio del hogar necesita relacionarse con lo exterior circundante, con el contorno que rodea al hogar y al *habitus* creado por razón de habitar en ese hogar, y para habitarlo prácticamente (de forma práctica y conveniente) debe ser relacionado con el dominio de la escena y con el dominio de la

cazuela. Pues igual que no hay cóncavo sin convexo, tampoco hay dintorno sin contorno. El *habitus* se produce y reproduce en un «hogar», pero carece de inmanencia, no es de combustión espontánea, pues también su propia producción y reproducción depende de la existencia de otros grupos y de la naturaleza (propiedades sociales) de la relación que con esos grupos la propia organización social hace o predispone a mantener. El dominio de la escena y de la cazuela actúan, pues, de contorno, dando *contorno* al *dintorno* del hogar como dominio donde se cuece el *habitus* de cada grupo.

• **El dominio de la escena.** Más hacia el exterior, encontramos el espacio público en el que los actores del espacio del hogar dan vida a un personaje: proyectan una imagen de sí mismos, de su grupo gremial y de la actividad y los significados que los identifica. La escena es el lugar de la esfera social, de la representación de papeles. Separados de su propia intimidad (espacio del hogar) por el hiato de la escena, es este mismo hiato (la escena) el que los transforma en una representación.

• **El dominio de la cazuela.** Es el espacio-pantalla sobre el que se proyectan las acciones y los mensajes y en el que se encuentra el «público». Es un espacio de evaluación de las actuaciones y significados destilados por el grupo de actores de la escena. Es el espacio del juez crítico, que evalúa la representación de los papeles puestos en escena. Es el espacio donde se contrasta la veracidad de los significados-comportamientos; es el escenario donde se reconstruyen los mensajes y las acciones, evaluándolos por contraste con lo sociocultural normalizado y axiológicamente vigente en una sociedad dada. Entre (e intra) los tres dominios se establecen una serie de relaciones:

a) **Relaciones en el dominio del hogar.** Son relaciones que se asumen como tregua entre sus protagonistas: tienen funciones de «apaciguamiento», de «reconfortamiento» antes-después de la actuación-representación en escena. Y es un espacio afectivo: en el sentido de servir como lugar de seguridad-protección donde acudir a lamer las heridas. De ahí que Martín Santos lo haya significado como dominio del amor.

b) **Relaciones en el dominio de la escena.** Las relaciones se tornan tensas y derivan en conflicto. Los actores, sobre la escena, mantienen entre sí un juego de argumentaciones y justificaciones, de convencer y no ser convencidos. Es una relación entre distintos; caso contrario de una relación entre iguales, dada en el espacio del hogar. Una relación entre distintos implica la definición de lo propio frente a lo ajeno: la paradoja de la construcción de identidades sociales y/o grupales. La paradoja, en definitiva, que tiene su motor en el dominio del deseo: deseo de ser frente a la angustia de no-ser o de ser como otros dictan. La metáfora relacional es la del espejo: para re-conocernos debemos mirarnos al espejo (social) de los otros actores, donde somos continuamente interpelados y se nos devuelve una imagen-reflejo, que puede ser o no aceptada por los «nuestros». La interrelación entre individuos o entre grupos (adolescentes frente a padres, profesores, jueces, medios de comunicación, etc.) se convierte en un gigantesco y complejo «juego de espejos». Los que se miran entre sí tanto son los propios actores en escenas, los que pertenecen al mismo colectivo o grupo, como los actores en escena y el público de la cazuela.

c) *Relaciones en el dominio de la cazuela.* En el público, la relación que se establece es aquella que permite llegar a acuerdos implícitos o explícitos con lo representado, en orden a sancionar la bondad de ajuste de los comportamientos y significados (deseos, actitudes, valores...) con las normas dominantes de la comunidad. En la «cazuela», la cohesión y el acuerdo andan de la mano. Es un espacio reservado a lo contractual (contrato social); a una relación que se establece como facultad del público para ejercer control, presión y ejercicio de poder sobre los actores en escena. La base relacional, el motor, ya no es el deseo o el amor, sino el poder. De ahí que la metáfora que la define es el tribunal que dicta sentencias y que cuando «habla» es para hacerlo sobre el cumplimiento o el incumplimiento de las pautas de comportamiento normativamente establecidas.

d) *Relaciones entre los tres dominios.* Las interrelaciones entre dominios pueden darse de diversas maneras. Puede darse una distancia entre el papel representado en el escenario y el papel que se ejerce en la intimidad (hogar). El actor puede aceptar o no la sanción que impone el poder (la cazuela), o representar su papel más de «cara a la galería» (en función del qué dirá la cazuela o para agradar a los de la cazuela), que de cara a los de su propio grupo de pertenencia (hogar): esto suele decirse de quien ha traicionado su identidad.

Los tres dominios y las relaciones que puedan mantener entre sí, inscriben sus señales en los discursos a analizar. En las hablas de los grupos aparecen referencias a estos dominios y sus relaciones según el juego de categorías que señalamos en el cuadro siguiente, que hemos creado inspirándonos en la lectura de Martín Santos:

PRÁCTICAS SOCIALES	LUGARES O DOMINIOS		
	<i>Hogar</i>	<i>Escenario</i>	<i>Público</i>
Relaciones	Amor	Deseo	Poder
Intercambios	Sentimientos	Identidades	Normas
Objetos simbólicos	Tribu'	Espejo	Tribunal
Actividades	Tregua	Conflicto	Control

## Metodología

Nuestra investigación, de diseño cualitativo, conformada metodológicamente con grupos de discusión (GD), tiene un amplio respaldo empírico-investigador no habitual en las investigaciones con GD, pues se basa en 23 grupos de discusión seleccionados a partir de un amplio rango de variables (clase social, grado de integración social, género, edades, estudios realizados, isla de residencia y cualificación profesional). De estos 23 grupos, 4 de ellos estaban constituidos por adolescentes de entre 15 y 19 años. Estas son las fichas de los mismos:

a) *GD1*. Estudiantes de los primeros cursos de Formación Profesional. Procedencia de los miembros del grupo: isla de Gran Canaria. Edad: 16-19 años. Combinación de diferentes especialidades de FP. Número de hombres: 4; número de mujeres: 5.

b) *GD17*. Adolescentes entre 15 y 19 años en situación de exclusión social y con problemas de consumo de drogas. Sin empleo, sin estudios terminados y sin oficio reconocido. Hombres: 6; mujeres: 1. El grupo fue seleccionado a juicio del trabajador social de la zona. Procedencia de los miembros del grupo: isla de Gran Canaria.

c) *GD18*. Mismas condiciones que el *GD17*, pero de edades entre 14 y 17 años y sin grandes problemas con la droga, aunque conviviendo de cerca con ella. Se trata de adolescentes que habían abandonado sus estudios primarios el curso anterior. Mujeres: 3; hombres: 3. El grupo fue seleccionado a juicio del trabajador social de la zona.

d) *GD5*. Adolescentes con los estudios de COU recién finalizados (septiembre), residentes en Gran Canaria (2 adolescentes del grupo procedían de Tenerife). Edad: 17-19. Procedentes de distintas opciones del bachiller. Hombres: 4; mujeres: 4.

## Resultados generales

Los discursos resultantes, tanto de los adolescentes como de los jóvenes al completo, dieron lugar a cuatro grandes ejes o dimensiones semánticas:

### 1. *Dimensión Identidad.*

Referido a cómo son los adolescentes; con qué rasgos de conducta y con qué cualidades son descritos. Se utilizan descripciones basadas en la comparación nosotros (los adolescentes o los jóvenes)-ellos (otros). Dimensión discursiva referida a lo que *son* y a lo que *hacen* los adolescentes. Es un discurso que expresa el rol de los adolescentes en cuanto a su *ser* y a su *hacer*. Su dinámica psicosocial es la del Yo (en cuanto autoconcepto derivado de las comparaciones y pertenencias grupales, tal como lo definía Tajfel (1984, p. 294)). Su campo de expresión está o se encuentra en la relación de oposición que se establece dentro del eje Nosotros-Ellos, y, de igual manera, dentro del eje Yo-Nosotros. La identidad aparece como discurso comparativo (comparaciones intergrupales) en dos sentidos: cuando los adolescentes y los mediadores sociales (docentes y padres) se comparan entre sí y cuando un adolescente concreto se compara con otros adolescentes.

### 2. *Dimensión Deseos.*

Referido a qué buscan o quieren los adolescentes, a sus aspiraciones y objetivos vitales, a sus proyectos personales y metas a conseguir. Trata de necesidades que desean cubrir de acuerdo a sus expectativas. Qué quieren llegar a ser, sentir o hacer para colmar el cumplimiento de sus deseos e ilusiones. La dinámica de los deseos y de la realidad dan cuenta del nudo de tensiones de los

adolescentes con la sociedad. Fuertemente asociado a la idea de proyecto, su dinámica psicosocial es la del conflicto. Su campo de expresión se establece a lo largo del eje oposicional del deseo frente a la norma. Todas las dimensiones podrían analizarse como atravesadas de parte a parte por el deseo. Al escuchar las hablas de los grupos de discusión, emerge la figura del personaje social (los adolescentes) que anda a la búsqueda de uno o varios objetos de deseo cuya posibilidad de alcanzar depende de un dador que lo haga alcanzable, de alguien o algo que le ayuda a conseguirlo y de alguien o algo que obstaculiza o impide que lo alcance. ¿Quiénes o qué se opone a que los adolescentes realicen sus deseos? ¿Quiénes o qué les ayuda? ¿Quién o qué es determinante para que satisfaga sus deseos? De todos los grupos de jóvenes y adolescentes analizados, son los adolescentes los que más destacan en esta dimensión, pero muy especialmente los que se encuentran en situación de exclusión social.

### 3. Dimensión Relaciones.

Discurso referido a los vínculos y tipos de relaciones establecidas entre los adolescentes y dos unidades sociales: las instituciones mediadoras y los contrarroles significativos. Conlleva un fuerte componente actitudinal hacia objetos institucionales e interpersonales, al modo de concebir sus relaciones y la evaluación que hacen de las mismas. La cooperación, el conflicto con las normas, las relaciones de poder o igualdad, etc. Las distintas posiciones de poder, los posicionamientos en los discursos mantenidos en las relaciones sociales representadas constituyen este eje semántico. Su dinámica psicosocial es la del vínculo. Su campo de expresión lo encontramos a lo largo del eje de oposición entre unión *versus* separación. Los contenidos discursivos a lo largo del eje separación-unión que señalan vinculaciones con las instituciones mediadoras y de socialización (familia, política, religión, grupo de iguales) dejan entrever el sentido profundo que subyace al esqueleto unión-separación. Tal sentido profundo y tal significado emergente de los discursos que descansan en esta dimensión de las relaciones dibujan dos ejes axiológicos más y que quedan como sigue: *jerárquico vs. reticular* frente a *proximal vs. distal*.

### 4. Dimensión Transiciones.

Se trata de contenidos discursivos referidos a los tránsitos evolutivos de socialización; a los procesos de cambio de rol o de dominios durante el proceso de construcción biográfica y sus distintos itinerarios. Su dinámica psicosocial es la de la realización del Yo (en cuanto a las transiciones ecológicas necesarias para que el Yo se realice). Su campo de expresión emerge en la relación de oposición entre movimiento y permanencia del Yo. Si antes aludíamos a la identidad del Yo, en cuanto manifestación de pertenencias y comparaciones tipo Nosotros-Ellos o Yo-Nosotros; ahora se trata, de alguna manera, también de identidad del Yo, pero no en un sentido comparativo de las pertenencias grupales y de los atributos asignados, sino en un sentido de realización del Yo de los adolescentes.

Dado que el desarrollo exhaustivo de todos los grupos adolescentes analizados no será posible en esta ocasión, nos centraremos en los grupos 17 y 18 (adolescentes en situación de exclusión social).

## Los discursos de los adolescentes en situación de exclusión social

Tuvimos graves dificultades a la hora de conformar los GD17 y 18 por lo que tenemos que reconocer que el análisis efectuado adolece de algunas limitaciones. Las razones son las siguientes. 1) El grupo 17 hace vida nocturna. A las 10 de la mañana todavía no habían acudido a la cita que habían concertado con nosotros. Y sólo acudieron porque el trabajador social fue a buscarlos a sus casas, de lo contrario hubieran «pasado» de la cita. Así que se presentaron, «pescados» como fueron, con una actitud de cubrir el expediente normativo por el que se veían presionados por la autoridad institucional del trabajador social, primero, y, en segundo lugar, por la del investigador. 2) Hubiera sido preferible citarlos a las 10 de la noche o más tarde, porque la parálisis expresiva y el adormecimiento eran evidentes. 3) El local social no reunía condiciones de sonoridad adecuadas, por lo que parte de la conversación fue irrecuperable. 4) En el grupo 18, la presencia del trabajador social coartó de raíz la expresividad de los adolescentes. Esta presencia, a pesar de la consigna de que se ausentara una vez presentado el grupo, dañó la dinámica de espontaneidad del grupo, paralizando toda opción posterior de animarlos. En vista de la situación, se procedió a entrevistarlos uno a uno. En este sentido, técnicamente no podemos hablar de grupo de discusión, sino de entrevista en profundidad. Las preguntas fueron extraídas de nuestra experiencia con todos los grupos anteriores, y de forma inductiva, a partir de la propia conversación mantenida con cada uno de ellos.

Estamos frente a un colectivo de adolescentes cuya participación social es muy limitada. Los ámbitos escolares, familiares y laborales son muy precarios. De hecho, las tres cuartas partes de los adolescentes del grupo 17 no viven con sus padres, sino con tías o abuelas y ninguno de ellos y ellas trabajan. Dentro de los grupos excluidos socialmente estarían los «adolescentes colgados», junto a toxicómanos y extoxicómanos, enfermos de sida, adolescentes de alto riesgo con familias muy desestructuradas, heroinómanas prostituidas, presos y expresos. Todos estos tipos estarían clasificados, según Gaviria y otros (1995), como jóvenes colgados judicializados y medicalizados.

Para la ley, se entra en conflicto con ella si se transgreden los caminos habituales de socialización previstos por la sociedad para sus adolescentes. Así que no tener empleo, haber fracasado escolarmente, andar siempre por las calles sin ninguna función concreta y «fumando hierba», vivir con los abuelos u otros familiares por la desestructuración familiar existente, puede llevar a que los adolescentes ingresen en centros de asistencia social o ser objeto de reclusión en instituciones de rehabilitación para delincuentes juveniles:

Ciertos jóvenes, en parte provenientes de las clases sociales más desposeídas y marginadas, a partir del fracaso escolar, entran en un proceso de exclusión, marginación y finalmente autodestrucción que es muy grave. Son pocos, pero difícilmente reinsertables [...] Son objeto de judicialización, criminalización y medicalización (Gaviria y otros, 1995, p. 197)

Estos adolescentes de alto riesgo, *colgados*, son intervenidos para ser judicializados o medicalizados cuando ya han llegado a situaciones terminales. Pero

la realidad es que están atrapados e intervenidos por la «justicia» mucho antes de llegar a ser intervenidos de nuevo en situaciones conflictivas terminales:

El Estado, las leyes, la Administración pública a todos sus niveles, generan formas concretas de exclusión a través del propio ordenamiento jurídico. A pesar de que la Constitución otorga unos derechos humanos y sociales (derecho al empleo, a la vivienda digna, a la protección social, etc.), la realidad es que estos derechos no se materializan para todos, por lo que una parte de la población queda excluida. Si la igualdad ante la ley es esencial para la ciudadanía y seguridad jurídica, la integración debería serlo para lograr una plena ciudadanía socioeconómica (Gaviria, 1997, p. 167)

La «justicia» y todo el aparato legal los espera por la puerta de entrada y por la puerta de salida. En medio de todo, los deseos y los ánimos de estos adolescentes tratando de llegar a alguna parte, a no se sabe qué o dónde. Es aquí, precisamente, donde el investigador debe colocar su dispositivo de análisis, justo en ese núcleo deseante de los «adolescentes excluidos» que ha quedado atrapado por las tenazas de la norma, el bien de la ley y el orden.

Estos grupos de adolescentes que tienen sus propios estilos de vida, creados a partir de la cultura de sus padres (muchos de ellos manifestaron que sus padres se drogan) y de cierto pulso de fuerza con la sociedad y sus mecanismos simbólicos y estructurales en las relaciones entre las clases sociales, funcionan más desde una lógica de clase social que de cultura o subcultura juvenil como nos quieren hacer ver ciertas clases de análisis que conceden un protagonismo excesivo a las iniciativas adolescentes para construirse su propia realidad. Ciertamente los adolescentes que entrevistamos tienen su poder y sus iniciativas, pero muy mediadas por las circunstancias y condicionamientos limitadores que les ofrece la sociedad a estos colectivos de adolescentes marginados y excluidos. Como afirman Gaviria y otros (1997, pp. 167-168):

[...] La sociedad en su funcionamiento, históricamente dividida en clases sociales antagónicas [...] que lleva en su seno la desigualdad social como motor. La exclusión es una forma extrema de la desigualdad social, y funciona con una lógica distinta a la de la desigualdad y la movilidad social clásica entre la población integrada.

De este modo, los discursos de estos adolescentes deben ser colocados en sus relaciones materiales en el seno de la sociedad. Pero, es más, la subjetividad de cada uno no es simplemente una respuesta intencional a sus circunstancias materiales, sino a sus deseos de hacer cosas que rebasen esas contingencias estructurales. Los grupos de adolescentes analizados negocian sus propias rutinas con las posibilidades que les ofrecen los condicionamientos sociales. Por eso, aunque cognitivamente tienen intenciones y expresan voluntarismo (en el sentido de tener intenciones y deseos que intentan salir de sus rutinas y círculos viciosos cotidianos), también en sus discursos asoma el miedo normativo, la sanción de las instituciones normativas, así como el temor implícito a no llevar adelante sus intenciones y deseos «soñados» por las dificultades objetivas; las cuales, claro está, han subjetivado como objetivas.

Al hablar de estos grupos adolescentes excluidos, no se puede simplemente decir que conforman una cultura y unos estilos de vida diferentes a otros

grupos de adolescentes (por ejemplo, los analizados en el resto del estudio citado más arriba), asociados o no a determinadas clases sociales, sino que hemos de referirnos a los mecanismos y dinámicas (de clase social) a través de los cuales llegan a esas subculturas y estilos de vida.

Al escuchar la palabra de estos adolescentes marginalizados y excluidos, uno se da cuenta de que las trayectorias de clase social están inscritas en las trayectorias discursivas. Quizás más descaradamente que en otros grupos, este sentido de la trayectoria de clase se observa porque está lleno de deseos, y, como se sabe, el correlato del deseo es la carencia. En resumen, tenemos un eje semántico discursivo que destaca por encima de los otros grupos analizados: *el eje del deseo frente a la carencia o del deseo frente a la norma que impide el deseo o podría potencialmente hacerlo*. El deseo se manifiesta en todos los grupos, pues el deseo se inscribe en todo discurso para manifestar la subjetividad del individuo.

Nosotros quisiéramos enfatizar para el análisis de estos dos grupos el concepto de *habitus* (1997) de Pierre Bourdieu, utilizado aquí como noción donde incluir los principales componentes semánticos que utilizan estos dos grupos de adolescentes en sus manifestaciones. No hablamos de discursos plenos, sino de categorías de *habitus*, ya que, como hemos dicho, estos grupos han sido realizados con una serie de deficiencias técnicas que impiden extraer discursos plenos y detallados, tal como hemos hecho para el resto de los grupos estudiados a lo largo de todo el estudio.

#### CATEGORÍAS DE *HABITUS* DE LOS ADOLESCENTES SOCIALMENTE EXCLUIDOS

<i>DESEOS</i>	<i>CARENCIAS</i>	<i>NORMAS</i>
<i>Materiales</i> : un parque en el barrio; las canchas que había en el barrio; coche; casa; dinero; ropa; moto...	Coche. Parque. Moto. Casa. Dinero. Ropa.	No robar. No coger lo ajeno. Trabajar para conseguir las cosas. Normas urbanísticas. Que las cosas se compran con dinero.
<i>Simbólico-afectivos</i> : madre; padre; familia; amigos y no solamente camaradas de la calle; acabar con los políticos de mierda del Ayuntamiento; la calle es mi vida; casarme y tener hijos; sexo. Pasar de todo. Ir a las fiestas. Pasar de la mili. Que no me impongan nada. Vivir la vida como un cachondeo para no volverte loco.	Vínculos afectivos. Atención personalizada. Sentimiento de ser aceptado y valorado. Hacer lo que uno quiere. Libertad para escoger. Relaciones con los adultos.	Obligaciones positivas de los adultos, normas de convivencia y respeto mutuo. Normas de comunicación.
<i>Laborales</i> : tener un trabajo.	Empleo. Falta de recursos para acceder al mercado de trabajo y la búsqueda de empleo. Sin cualificación. Precariedad de los puestos de trabajo.	Desigualdades del mercado en su funcionamiento y sus normas intrínsecas.

¿Cuáles serían estas categorías de *habitus* que regulan las percepciones y prácticas de nuestros adolescentes excluidos socialmente? ¿A través de qué categorías se manifiesta el *habitus* del adolescente excluido? Básicamente son tres las categorías de *habitus* utilizadas en sus percepciones del mundo y de sí mismos: deseos, carencias y normas.

Un día normal de la vida de estos adolescentes consiste, por ejemplo, en sacar al perro, verse con los amigos en la calle, hacer algún encargo, irse a la playa, estar juntos de charla, etc. Una rutina de estar en la calle y que nos recuerda a los colegas que se ven todos los días en un muro del barrio, en una esquina o en un banco del pequeño parque. Es una sociedad en la calle que aparentemente se conjuga a partir del grupo, pero con valores orientados hacia uno mismo, más que hacia el grupo, pues la desvertebración social que sufren en sus dominios de hogar se refleja en sus preocupaciones individualistas de supervivencia. La calle es el centro de las prácticas sociales y el lugar donde los vínculos de socialización adquieren todo su sentido.

La calle es una *calle-casa* y una *calle-negocio*, así como una *calle-deseo* donde hacen sus principales trueques económicos y socio-afectivos. Recordemos que la mayoría de estos adolescentes, hablamos del grupo 17 en especial, pues el grupo 18 de adolescentes todavía son objeto de cierto control social por parte de los padres, aunque muy difuso, asistemático e irregular, son adolescentes que hacen su vida en la calle, utilizando la casa solamente para dormir por las mañanas, después de vivir toda la noche.

Todo lo que hablan, la densidad simbólica que manejan, pasa a través de la negación de una condición positiva de la juventud (en sus categorías lingüísticas juventud equivale a adolescentes y jóvenes en general). Para ellos, la «juventud» va de mal en peor por la droga (la mayoría de los miembros del grupo de discusión 17, precisamente, se droga; y seguramente alguno más del grupo de discusión 18), porque sólo quieren sexo, porque están todo el día en la calle y porque no se entienden con los adultos. En realidad, reproducen exactamente lo que dejan ver socialmente los adolescentes de su condición, como diciendo: sí, nosotros somos esto y hacemos esto otro, y qué, ¿acaso podemos hacer otra cosa? ¿acaso le importa a nadie?; ¿acaso alguien nos acepta? Y no es extraño que presenten una fotografía oscura, pues la mayoría ha vivido intensos problemas familiares donde han aprendido que la calle es su casa y que no se pueden vincular afectivamente a nadie por mero principio de supervivencia emocional:

H: A mí me va un poquito mal. Yo a mi madre na' más que la veo los domingos, voy a la casa y nà más que llevo, y encima que voy a verla, cuando voy está así ¡¡aggffff!! en la cama. (*Risa.*)

H: Pues yo a mi madre no la quiero ni ver, oíste. ¡¡No la quiero ni ver!!

H: Un día me dice 'nos vamos p'al Sur', que vamos p'al Sur, 'no, vamos pa' Alcaravanas. No, pa' Alcaravanas contigo no voy... ¿sabes?, que... pero, a lo mejor, con mi abuela sí me iría yo pa' otro sitio porque es la madre que yo he tenido en toda mi vida, sabes, aquella me parió, pero ésta es la que me crió.

H: Porque madre no sólo es parirte, es criarte.

H: Por eso yo a mi abuela yo no le digo «abuela» le digo mamá porque es la que...

I: ¿Tú a tu abuela, le dices mamá?  
H: Es la que ha estado conmigo siempre.  
H: Claro, igual que yo, yo a mi abuela le digo mamá.  
H: La que ha luchado por ti, ¿o no?

\*

H: No, no. Yo no puedo ver a mi madre. ¡¡Yo no la puedo ver!! Yo por lo menos, los demás no sé, ¡¡pero yo no la puedo ver!!  
I: ¿Por qué?  
H: Porque tuve problemas con ella. Me echó a la calle.  
H: Cuántas veces te echó a la calle.  
H: Dos.  
H: ¿Dos? Pues a mí quinientas mil veces.  
H: Bueno, dos, no. La primera me echó y la segunda me fui.  
H: Pues a mí 30 mil veces me ha echado la vieja.  
I: Y ahora estás con tus abuelos.  
H: Con mis abuelos. Y no vivo tampoco ahí bien, que digamos. Bueno, que digamos no, vivo eso... desde que tenga un trabajito me voy a vivir mi vida aparte, ¿oíste?... yo quiero vivir mi vida aparte, yo quiero vivir mi vida solito...

\*

M: A mi madre la dejó con la barriga y se marchó.  
I: ¿Cómo?  
M: A mi madre la dejó con la barriga y se fue.  
I: ¿No lo has visto nunca?  
M: Sí. Una vez nada más.

Ni siquiera admiten, y se señalan a sí mismos como grupo, que existan los amigos si no es por conveniencia o para instrumentalizarlos en algún sentido. El sentimiento de terror a ser abandonados o traicionados, las duras condiciones de existencia que imponen las relaciones sociales, hacen que estos adolescentes sean duros a la hora de hablar de la amistad, por lo que no deja de ser coherente que digan que el perro es su mejor amigo. Como tampoco es casualidad el papel que siguen asignando a la mujer en esto de la amistad, pues la ponen al lado del perro, por su fidelidad, por su entrega incondicional y porque cierta cultura de clase ha plantado la fantasía de que las mujeres pueden cambiar a los hombres a través del amor (romántico, seguramente):

H: Mi amigo es mi perro, oíste.  
H: Los de aquí, no tenemos amigos.  
H: siete, somos siete.  
I: ¿Cómo...?  
H: Aquí no hay amigos, me parece a mí... sino colegas.  
H: Coleguillas, na' más.  
H: Amigos hay pocos.  
I: ... ¿cómo son... amigos hay pocos?  
H: Con estos dedos cuento los amigos yo y me sobran dedos... yo, por lo menos, no sé los demás.

I: ¿Cómo?

H: Mis amigos en el bolsillo.

I: ¿Tus amigos en el bolsillo?

M: Sí, sí.

I: ¿Qué quieres decir, Delia?

H: Tanto tienes tanto vales. Esta vida es así.

H: Hace... Una chiquilla es lo que hace falta... bueno, yo la tengo ya y creo que me ha cambiado un poco... un poco no, me ha cambiao «demasio»...

I: ¿Por qué?

H: Yo qué sé, porque una piba se preocupa por uno, ¿sabes?, le da consejos, esto, lo otro, yo qué sé.

I: Una amiga tuya.

H: Una amiga no, mi novia.

I: Ah!, tu novia.

H: Mi novia... Y se preocupa por uno, no como...

H: Es más que un amigo.

H: ... Más que un amigo. Ahora mismo mi amiga yo creo que sea ella y la perra... y una perra que tengo. Los dos únicos amigos que tengo, por decírtelo así.

Pero la mujer, único baluarte para el ejercicio del vínculo y de la seguridad afectiva es también mirada desde el punto de vista sexual, carnal. Los deseos materiales abundan en sus visiones del mundo, pero también los simbólicos, especialmente los que tienen que ver con los afectos y vínculos que se construyen en las relaciones humanas materno/paterno-filiales. No debemos olvidar que las carencias sobre las que más hablan, y son más capaces de hilvanar un discurso coherente, se refieren a temas de la amistad y de los vínculos afectivos que han vivido. Lógicamente, detrás de estas historias vamos observando los factores individuales que también han llevado a estos adolescentes a la exclusión social:

Un cuarto factor de exclusión tiene, lógicamente, causas individuales; una acumulación de fenómenos históricos concatenados aboca a ciertas personas o familias a situaciones de minusvalía físicas, psíquicas, sensoriales y/o sociales. El analfabetismo, la ignorancia, la soledad, la enfermedad, el miedo al exterior [...] (Gaviria y otros, 1995, p. 168).

Las propias mujeres buscan la felicidad a través del matrimonio, a pesar de toda la experiencia negativa que han vivido en sus casas y con sus padres, continuando con la reproducción social de unas circunstancias afectivas y socialmente negativas para ellas y sus trayectorias de género. Estas adolescentes podrían ver en el matrimonio una tabla de salvación para salir de sus casas problemáticas y del círculo recurrente de la exclusión. Es un fatal espejismo, pues vuelven a reproducir lo que han vivido en sus propias familias, tal vez ya definitivamente atrapadas por el famoso efecto de indefensión aprendida de Seligman. Y es que incluso ya han naturalizado los problemas de familia como paisaje habitual y necesario, perdiendo su carácter de contingencia social:

I: ¿Y casarte?

H: Para vivir una vida normal, ¿no?

M: Porque quiero.

I: ¿Te gustaría casarte?

M: Sí.

I: ¿Y casándote qué conseguirías?

M: La felicidad.

H: Una vida tranquila.

H: O lo contrario, ¿no?, también casándote puedes... te puedes... eso... yo qué sé... la vida de casada también te da problemas, ¿no?

M: Currando...

H: Que te salga la mujer que quieras o un marido borracho o un marido drogadicto.

M: Pero puedes conseguir una persona buena, tío.

H: Hay más patán muchacho o que te vaya un cacho cabrón que no es más patán...

(Hablan a la vez.)

I: ¿Cómo dices Delia?

M: Algún problemazo tendrá que haber en el matrimonio, ¿no?

H: En todas las familias hay problemas.

Y es que incluso la adolescente dice que se casa para llevar una vida normal al mismo tiempo que dice que algún problemazo tendrá que haber en el matrimonio y que en todas las familias hay problemas.

A partir de las tres categorías o esquemas de percepción, deseo, carencia y norma, podemos establecer, por último, un cuadro complementario donde recogemos otras dimensiones del *habitus* de los adolescentes socialmente excluidos.

CUADRO DE DIMENSIONES DE *HABITUS*

	<i>Deseo</i>	<i>Carencia</i>	<i>Norma</i>
<i>Espacio simbólico</i>	Libertad y Autonomía sociales.	Habilidades e historial biográfico conducentes a esa libertad y autonomía.	Reducción de la libertad. Legitimidad de las acciones.
<i>Espacio geométrico</i>	Casa (simbolización material de la carencia como deseo).	Familia (correlato del deseo).	La calle, que presta sus normas propias, impidiendo salir de ella para restituir la carencia (familia) y alcanzar el deseo material de tener una casa..
<i>Tiempo social</i>	Libre elección para gastar tu tiempo con quien quieras y haciendo lo que quieras.	De recursos económicos y materiales para ir con quien quieras y hacer lo que quieras.	Normas institucionales y de mercado.
<i>Tiempo afectivo</i>	Tener amigos para estar con ellos y contarles tus cosas.	Autoconfianza y falta de redes afectivas donde gastar el tiempo.	El interés, la instrumentalización.

## Discusión y conclusiones

### *Voces de la norma, silencios del deseo: conflictos entre el yo y el poder en el discurso adolescente*

Es, pues, en torno a la contraposición norma-deseo donde encontramos la densidad discursiva central de los adolescentes. Los adolescentes no hacen sino reproducir lo que en todas las sociedades humanas existe: tantas tendencias o inercias ordenadoras (normativas) como tendencias o inercias del deseo (pasivo o activo) en contra (o al margen) de las normas. La inercia de la norma es mayor que la del deseo, pues tiene toda una organización social detrás que la proyecta y la legitima, que la recuerda constantemente y la naturaliza más allá de su propiedad histórica: es a través de esta inercia normativa, precisamente, como exponen sus identidades nuestros adolescentes analizados.

Sin embargo, detrás del deseo no institucionalizado para el consumo sólo encontramos «manchas» en la microfísica de la vida social, en las hablas cotidianas y en las interacciones sociales que regulan nuestros encuentros del día a día. Una desigualdad se hace patente desde el principio: las normas son empujadas por la fuerza demoledora de las instituciones, mientras que el deseo del adolescente es empujado por la fuerza de los mismos sujetos que tratan de existir y construir sus biografías lo mejor que pueden. De este desnivel de fuerzas asoma una nueva contradicción: la que se da entre el sujeto adolescente y las instituciones normativas. Ninguna inercia social es tan fuerte como la que envuelve la dinámica de la prescripción, prohibición, cumplimiento o desobediencia en la relación entre sujetos y normas.

Aunque resaltemos en nuestro análisis los aspectos agónicos y conflictivos de la relación entre norma y deseo, donde el principal poder de la norma es quitarle libertad al deseo; aun así, entendemos que en los discursos de los adolescentes se observa que la norma sirve tanto para reprimir como para autocontrolar. Una vez interiorizada, la norma puede funcionar bien como autocontrol (canalizando las energías de sociabilidad) o bien como represión (anulando las energías para la iniciativa y la personalización de los actos). El sujeto que interioriza la norma como represión se pone pasivamente a disposición de la norma (es esclavo de un *señor*); cuando se interioriza como autocontrol, pone activamente la norma a su disposición autocorrectora (es su aliado y consejero). Recordemos, si no, cómo, de hecho, la mujer y el perro representan en el discurso esa «norma buena» (el «objeto bueno», dirían los psicoanalistas), cuya disposición autocorrectora es aceptada por el adolescente excluido socialmente de las gratificaciones disponibles por este modelo de sociedad.

No deja de llamar la atención que el conflicto entre los deseos del adolescente marginalizado y excluido con la norma sea una categoría discursiva universal que puede buscarse rastreando tanto la alta cultural universal (la narrativa de Kafka, a partir de sus novelas claves *El Castillo* y *El Proceso*, es un ejemplo paradigmático al respecto) como la cultura popular presente en los mensajes massmediáticos y que podemos explorar en los textos transcritos de oyentes del

programa de Gemma Nierga *Hablar por hablar* (Nierga, 1996); así como también en las historias orales transcritas en el libro de Theodore Zeldin (Zeldin, 1996); o, más claro aún, en las conversaciones de Jesús Quintero con los presidiarios de su programa televisivo *Cuerda de presos* y que luego publicó (Quintero, 1997). Todos estos textos nos enseñan algo sobre el discurso de la norma y el deseo, pero, sobre todo, nos enseñan que en algún momento todos podemos ser potencialmente, si ya no lo hemos sido antes, adolescentes socialmente excluidos y deshabitados del cumplimiento del deseo, esto es, de la felicidad, y que nos ocurra como en el título que da nombre a este último apartado: voces de la norma, silencio del deseo.

## REFERENCIAS

- Berger, P.L. & Berger, B. (1972). *Sociology: A biographical approach*. New York: Basic Books.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Gaviria, M. y otros (1995). Aproximación teórica al concepto de exclusión. En F. Álvarez Uría y otros (Eds.), *Desigualdad y pobreza hoy* (pp. 133-200). Madrid: Talasa.
- Kafka, F. (1979). *El proceso*. Madrid: Biblioteca Edaf.
- Kafka, F. (1976). *El Castillo*. Madrid: Biblioteca Edaf.
- Martín Rojo, L. (1994). The jargon of delinquents and the study of conversational dynamics. *Journal of Pragmatics*, 21, 243-289.
- Martín Rojo, L. (1988). El modelo de Almagro: un modelo topológico aplicado a la jerga. En L. Martín Santos (Eds.), *Diez lecciones de sociología*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Martín Santos, L. (s/f). Espacio y poder, Papeles de la FIM, N° 3, 2ª Epoca, pp.37-54.
- Nierga, G. (1996). *Hablar por hablar*. Barcelona: Planeta (4ª edición).
- Quintero, J. (1977). *Cuerda de presos*. Barcelona: Planeta..
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Zeldin, T. (1996). *Historia íntima de la humanidad*. Madrid: Alianza.